

Serhiy Zhadan

Voroshilovgrado

Traducción del ucraniano de Andrei Kozinets



SERHIY ZHADAN

Voroshilovgrado

Traducción del ucraniano de Andrei Kozinets

Galaxia Gutenberg

**UKRAINIAN
//IIIBOOK
INSTITUTE**

La publicación de este libro ha recibido una ayuda
del Translate Ukraine Translation Program.

This book has been published with the support
of the Translate Ukraine Translation Program.

La edición original ucraniana se publicó por Folio en Járkiv, 2010,
bajo el título Ворошиловград
Traducción del ucraniano: Andrei Kozinets

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2023

© Serhij Zhadan, 2010
© Suhrkamp Verlag Berlin, 2012
Todos los derechos reservados y gestionados a través de Suhrkamp Verlag Berlin
© de la traducción: Andrei Kozinets, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 3839-2023
ISBN: 978-84-19738-07-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

PRIMERA PARTE

I

El teléfono sólo sirve para comunicar todo tipo de desgracias. La voz suena a través del auricular distante y neutral; su neutralidad facilita la comunicación de malas noticias. Sé muy bien de lo que estoy hablando. Llevo toda mi vida peleándome con aparatos telefónicos, aunque sin mucho éxito. Los operadores de todo el mundo siguen espiando conversaciones telefónicas mientras anotan las palabras y frases más comprometidas; al mismo tiempo, sobre las mesillas de noche de las habitaciones de hotel sigue habiendo Biblias y guías telefónicas: objetos, todos ellos, imprescindibles para no perder la fe.

Yo dormía sin quitarme la ropa. Vestido con unos vaqueros y una camiseta holgada. Cuando me despertaba, deambulaba por la habitación, tropezaba con botellas de refresco vacías, vasos, latas y ceniceros, platos sucios de salsa, calzado; descalzo y malhumorado, pisaba manzanas, pistachos y dátiles pringosos parecidos a cucarachas. Cuando uno alquila un piso amueblado, intenta cuidar las cosas. Igual que un traficante, almacenaba en casa un montón de porquería, guardando bajo el sofá discos de vinilo y palos de hockey, ropa de mujer que alguien había dejado olvidada y señales de tráfico metálicas de grandes dimensiones que había encontrado en alguna parte. Era incapaz de deshacerme de alguna de aquellas cosas, puesto que no tenía claro cuáles eran de mi propiedad. Sin embargo, desde el primer día, desde el momento en que fui a parar a aquel apartamento, el teléfono estaba en el suelo, en medio de la habitación. Su voz y su silencio me irritaban. An-

tes de acostarme, lo cubría con una caja grande de cartón. Por la mañana, retiraba la caja y la sacaba al balcón. Mientras, el aparato diabólico seguía en medio de la habitación, su sonido discordante y exasperante siempre dispuesto a avisarme de que alguien necesitaba contactar conmigo.

Ahora alguien me estaba llamando de nuevo. Eran las cinco de la madrugada de un jueves. Salí de debajo de las sábanas, di un puntapié a la caja de cartón, cogí el teléfono y salí al balcón. La calle estaba silenciosa y desierta. Por la puerta lateral de la oficina bancaria de la esquina, salió un guardia de seguridad para fumarse un cigarrillo. Una llamada telefónica a las cinco de la madrugada no presagia nada bueno. Conteniendo mi irritación, descolgué el auricular. Así fue como empezó todo.

–Colega. –Reconocí inmediatamente la voz de fumador de Kocha. Parecía que en lugar de pulmones, tuviera un par de altavoces viejos y hechos polvo.

–Her, colega, ¿estabas durmiendo? –Los altavoces crujían y escupían consonantes a las cinco de la madrugada de un jueves, no te jode-. ¿Her, hola?

–Hola –respondí.

–Colega –dijo Kocha, bajando un poco el tono–, Her.

–Kocha, son las cinco de la madrugada, ¿qué quieres?

–Her, oye. –La voz de Kocha adoptó un tono sibilante, propio de una confidencia–. No pretendía despertarte. Tenemos un problema. No he dormido en toda la noche, ¿lo pillas? Ayer llamó tu hermano.

–¿Y?

–La cosa es que... se ha marchado, Herman. –La respiración de Kocha se interrumpió, angustiada.

–¿Quieres decir que se ha ido lejos? –Resultaba difícil adivinar los cambios de tono.

–Lejos, Herman –contestó Kocha. Cuando volvió a hablar, su voz vaciló–. No sé si a Berlín o a Ámsterdam, no lo tengo claro.

–¿Tal vez se ha ido a Ámsterdam vía Berlín?
–Puede ser, Her, puede ser –soltó Kocha.
–¿Y cuándo volverá? –pregunté, relajándome un poco. Empecé a pensar que Kocha sólo me ponía al día de las últimas novedades de la familia.
–Al parecer, nunca. –La voz volvió a vacilar.
–¿Cómo?
–Te he dicho que nunca, Her. Se ha marchado para siempre. Ayer me llamó y me pidió que te lo dijera.
–¿Cómo que para siempre? –No entendía nada-. ¿Va todo bien por allí?
–Sí, colega, todo va bien. –Kocha elevó el tono de voz-. Va todo bien. Sólo que tu hermano me ha dejado aquí solo con todo el trabajo, ¿entiendes? Y yo, Her, ya soy mayor para poder hacerme cargo yo solito.
–¿Cómo que te ha dejado solo? –No entendía nada-. Pero ¿qué te dijo?
–Me dijo que estaba en Ámsterdam y me pidió que te avisara. Dijo que no volvería.
–¿Y la gasolinera?
–Pues, según parece, Her, de la gasolinera me tengo que ocupar yo. Sólo que yo... –Kocha volvió a adoptar un tono de confianza– no voy a ser capaz. Tengo problemas de sueño. Ya lo ves, son las cinco de la mañana y sigo despierto.
–¿Hace mucho que se ha ido? –lo interrumpí.
–Hará una semana –contestó Kocha-. Creía que ya lo sabías. Menudo problema.
–¿Y por qué no me dijo nada?
–No lo sé, Her, colega, no lo sé. No dijo nada a nadie, simplemente se marchó. Tal vez no quería que nadie lo supiera.
–¿Que no supiera el qué?
–Pues, que se largaba –aclaró Kocha.
–¿Y a quién le iba importar que se largara?
–No lo sé, Her –dijo Kocha, mostrándose esquivo-, no lo sé.
–Kocha, ¿qué está pasando?

–Her, ya me conoces –murmuró Kocha–. Yo no me meto en los negocios de tu hermano. No me dio ninguna explicación. Se largó sin más. Y yo solo, colega, no soy capaz de hacerme cargo. ¿Por qué no vienes y lo solucionas?

–¿Solucionar el qué?

–¡Y yo qué sé! ¿Seguro que no te dijo nada?

–Kocha, hace seis meses que no lo veo.

–Pues no sé. –Kocha estaba desconcertado–. Her, colega, tú ven porque yo solo no soy capaz, entiéndeme.

–Kocha, deja de marearme –le dije al final–. ¿Puedes explicarme de una vez qué es lo que está pasando?

–Her, todo está bien. –Kocha carraspeó–. Está todo en orden. Bueno, yo ya te he avisado, tú verás lo que haces. Voy a colgar que tengo a unos clientes. Que te vaya bien, colega, que te vaya bien. –Kocha colgó.

«Eso es, tiene a unos clientes que atender –pensé–, a las cinco de la mañana.»

Alquilábamos dos habitaciones en un viejo piso comunal desocupado. Se hallaba en pleno centro de la ciudad, con un patio en la parte delantera, tranquilo y rodeado de tilos. Lólek ocupaba un cuarto de paso, más próximo al pasillo, y yo vivía en la habitación del fondo que tenía salida al balcón. El resto de las habitaciones estaban cerradas a cal y canto. Nadie sabía lo que se escondía detrás de aquellas puertas. Nuestro casero era Fiódor Mijáilovich, un anciano pensionista, un viejo zorro, que había sido vigilante de seguridad de un camión blindado. Yo lo apodaba «Dostoyevski». En la década de los años noventa, él y su mujer pensaron en emigrar al extranjero. Con ese fin, Fiódor Mijáilovich hizo todos los trámites. Sin embargo, una vez que obtuvo el pasaporte, cambió de idea de repente, pues creyó que había llegado el momento de pasar página, pero sin salir del país. Su mujer acabó marchándose al extranjero, mientras que él se quedó en Járkiv, con el pretexto de custo-

diar el piso. En cuanto olió la libertad, Fiódor Mijáilovich nos alquiló las habitaciones mientras pasaba a la clandestinidad yendo de un piso franco a otro. La cocina, los pasillos e incluso el cuarto de baño de aquella vivienda ruinosas estaban atestados de muebles de la época de preguerra, libros viejos y pilas de ejemplares de la revista *Ogoniok*.¹ Sobre las mesas, las sillas o directamente en el suelo, se habían ido amontonando la vajilla y los trapos multicolores; a esos últimos Fiódor Mijáilovich les tenía apego y nos había prohibido que los tiráramos a la basura. Como nosotros tampoco teníamos intención de hacerlo, fuimos incorporando nuestra propia porquería a la suya. Los armarios, las estanterías y los cajones de la cocina estaban atestados de botellas y botes de cristal oscuro en los que centelleaban restos de aceite y de miel, de vinagre y de vino tinto, y que nosotros utilizábamos de ceniceros. Sobre la mesa, rodaban nueces y monedas de cobre, corchos y botones de capotes militares; de la lámpara de araña, colgaban las corbatas viejas de Fiódor Mijáilovich. Éramos tolerantes con nuestro casero y sus tesoros de pirata: las estatuillas de Lenin fabricadas en porcelana, los pesados tenedores de plata falsa, las cortinas polvorientas por donde se colaba un sol de color mantequilla ahuyentando el aire enrarecido. Por las noches, sentados en la cocina, leíamos las anotaciones de Fiódor Mijáilovich que había escritas en las paredes, los números de teléfono, las direcciones, los esbozos de rutas de autobús trazados con un lápiz sobre el empapelado; mirábamos los recortes de calendarios y las fotos de familiares anónimos que había clavado con chinchetas en la pared. Tenían un aspecto austero y solemne, a diferencia del propio Mijáilovich que, de vez en cuando, se dejaba caer por su cálido hogar, luciendo unas sandalias de cuero que crujían al caminar y una gorra molona. Venía para recoger los envases que habíamos ido acumulando en el piso y,

1. La revista ilustrada soviética más importante de los tiempos de la URSS y durante la perestroika. Tiene entrada de Wikipedia en castellano. (*N del T.*)

después de cobrarnos el alquiler, volvía a desaparecer por entre los tilos del patio. Era el mes mayo, prevalecía el buen tiempo, el patio iba cubriéndose de hierba. A veces, parejas cautelosas entraban en el patio durante la noche para hacer el amor sobre el banco tapizado de alfombras viejas. Otras veces, al despuntar el día, los guardias de la oficina bancaria se sentaban en el banco para fumar unos porros tan largos como los amaneceres de mayo. Durante el día, perros callejeros entraban corriendo en el patio y olfateaban todos aquellos rastros del amor para luego regresar a las calles céntricas de la ciudad. El sol salía justamente por encima de nuestro edificio.

Cuando entré en la cocina, Lólek había abierto la nevera, ataviado con su traje habitual: americana oscura, corbata gris y un pantalón demasiado holgado que le caía como una bandera en un día sin viento. Abrí la nevera y observé los estantes vacíos.

–Hola –le saludé, dejándome caer sobre la silla. Lólek se sentó enfrente, con cara de disgusto, sin soltar el tetrabrik de leche–. ¿Sabes? –le dije–, tenemos que ir a ver a mi hermano.

–¿Por qué? –preguntó sin entender.

–Porque sí. Porque lo quiero ver.

–¿Qué pasa con tu hermano? ¿Tiene problemas?

–No, no pasa nada. Está en Ámsterdam.

–Entonces ¿quieres ir a verlo a Ámsterdam?

–A Ámsterdam, no. A su casa. ¿Vamos este fin de semana?

–No sé –vaciló Lólek–. El fin de semana pensaba llevar el coche al mecánico.

–Precisamente, mi hermano trabaja en un taller. ¡Vamos!

–Bueno, no lo sé –dijo Lólek, vacilante–. ¿No sería mejor que lo llamas antes por teléfono? –Y después de apurar la leche añadió–: Date prisa, ya vamos con retraso.

A lo largo del día llamé varias veces a mi hermano. Me quedaba escuchando la señal en el auricular. Nadie contestaba. A media

tarde llamé a Kocha. El resultado fue el mismo. «Qué raro –pensé–, es posible que mi hermano no coja el teléfono por el *roaming*, pero Kocha, en cambio, sí que debería estar en el trabajo.» Por la noche llamé a mis padres. Descolgó mi madre.

–Hola –dije–. ¿Ha llamado mi hermano?

–No –dijo–. ¿Por qué?

–No, por nada –respondí y cambié de tema.

A la mañana siguiente, en la oficina, volví a abordar a Lólek.

–Eh, Lólek –le dije–. Entonces ¿vamos?

–No creo –empezó a quejarse este–. Déjalo correr, mi coche no es nuevo que digamos, ¿y si nos deja tirados por el camino?

–Lólek –insistí–, mi hermano te dejará el coche como nuevo. Échame una mano, anda. No permitirás que vaya en tren, ¿verdad?

–Bueno, no lo sé. ¿Y qué pasa con el curro?

–Pero si mañana es fin de semana, no me jodas.

–No sé –volvió a dudar Lólek–. Tengo que hablar con Boria. Si este no me carga de trabajo...

–Vamos a hablar con él –dije, arrastrando a Lólek al despacho vecino.

Boria y Liosha, «Bólek y Lólek»,¹ eran primos hermanos. Los conocía desde mi época de universitario, nos licenciábamos juntos en la Facultad de Historia. No guardaban ningún parecido físico entre sí. Boria tenía aspecto de pijo, era flaco, llevaba pelo corto y lentillas y, probablemente, se hacía la manicura. Liosha, por el contrario, era fornido y algo lento, gastaba ropa de oficina barata, se cortaba el pelo muy de vez en cuando y seguía llevando gafas de montura metálica porque no quería gastarse dinero en lentillas. Boria tenía un aspecto más cuidado, mientras que Liosha inspiraba seguridad. Boria era

1. Bólek y Lólek son dos personajes de dibujos animados polacos de una serie infantil de televisión del mismo nombre. (N. del T.)

medio año mayor que Liosha, quizá por ello debía de sentirse responsable de su primo, tenía una especie de complejo de hermano mayor. Provenía de una familia bien. Su padre había sido funcionario de las juventudes comunistas. Más tarde haría carrera en un partido político, llegando a ostentar el cargo de jefe de la administración regional, antes de pasar a la oposición. Desde hacía un tiempo, trabajaba en la oficina del gobernador civil. Liosha, en cambio, venía de una familia humilde. Su madre era maestra de escuela y el padre, ya desde la década de los años ochenta, trabajaba de obrero de la construcción en una cuadrilla itinerante en algún lugar de Rusia. Como su familia residía en una ciudad de provincias en la región de Járkiv, a Lólek se le consideraba una especie de pariente pobre, lo que despertaba el cariño de los demás, o eso era lo que él creía. Tan pronto como se graduó, Boria se incorporó a los negocios del padre, a diferencia de nosotros dos, Lólek y yo, que deseábamos independizarnos por nuestra cuenta. Así las cosas, trabajamos en una agencia publicitaria, en un periódico de anuncios gratuitos, en la secretaría de prensa del Congreso de los Nacionalistas e incluso montamos nuestra propia agencia de apuestas que quebró en menos de dos meses. Unos años atrás, preocupado por nuestra penosa existencia y haciendo honor a nuestro pasado común de jóvenes estudiantes alocados, Boria nos ofreció trabajar con él para la administración regional. Su padre había registrado a nombre de su hijo varias asociaciones juveniles con el objetivo de desviar, mediante su estructura financiera, distintas subvenciones estatales y blanquear dinero, que si bien no se trataba de cantidades elevadas sí eran constantes. Y así fue como empezamos a trabajar los tres juntos. Nuestra labor era extraña e impredecible. Corregíamos discursos políticos, impartíamos talleres de liderazgo para jóvenes y cursillos de capacitación para observadores electorales, elaborábamos programas para nuevos partidos políticos, cortábamos leña en la dacha del padre de Bólek, interveníamos en los platós de televisión

en defensa de la democracia y, al mismo tiempo, no parábamos de blanquear, blanquear y blanquear el dinero que pasaba por nuestras cuentas. Mi tarjeta de visita me acreditaba como «experto independiente». Un año después, pude comprarme un buen ordenador mientras que Lólek se hacía con un Volkswagen hecho polvo. Compartíamos piso. Boria venía a menudo, se sentaba en el suelo de mi habitación, cogía el teléfono y llamaba a prostitutas. En definitiva, nuestro espíritu de equipo gozaba de buena salud. Lólek no quería a su primo hermano. A mí, por lo visto, tampoco. Pero como ya llevábamos varios años compartiendo piso, nuestra relación era buena, incluso de confianza. Él me prestaba constantemente ropa y yo a él, dinero, con la diferencia de que yo la ropa siempre se la devolvía. Durante los últimos meses, él y su primo hermano iban tramando algo: se trataba de un nuevo negocio familiar, creo, pero yo opté por desentenderme del asunto, puesto que había dinero del partido de por medio y nadie sabía cómo acabaría aquello. Yo prefería mantener mis ahorros a salvo de aquellos dos, un fajo de dólares que escondí entre las páginas de un libro de Hegel en la estantería. Solía confiar en ellos, aunque era consciente de que había llegado el momento de buscar un trabajo decente.

Boria estaba en su despacho, leyendo unos papeles. Sobre su escritorio había unas carpetas con los resultados de unas encuestas sociológicas. En cuanto nos vio entrar, abrió la página oficial de la administración provincial en el ordenador.

—Ah, sois vosotros —dijo alegremente como le correspondía a un verdadero jefe—. ¿Qué hay? —preguntó—. ¿Cómo van las cosas?

—Boria —comencé—, queremos visitar a mi hermano. Lo conoces, ¿verdad?

—Sí —confirmó Bólek, examinando sus uñas.

—¿Tenemos algo para mañana?

Bólek se quedó pensativo un instante, volvió a examinarse las uñas y luego escondió las manos detrás de la espalda con un gesto brusco.

–Mañana es fin de semana –dijo.

–Entonces vamos –le dije a Liosha, y me volví hacia la puerta.

–Un momento –dijo de pronto Bólek–. Yo también iré con vosotros.

–¿Estás seguro? –le pregunté algo incrédulo.

No tenía ganas de que viniera. Lólek, por lo que percibí, se puso tenso.

–Pues sí –se reafirmó Bólek–, iremos juntos. No tenéis ningún inconveniente, ¿verdad?

Lólek guardó silencio, algo contrariado.

–Boria, ¿por qué quieres ir? –pregunté.

–Porque sí –respondió Bólek–. No seré una molestia.

A Lólek, al parecer, no le gustaba la idea de viajar en compañía de su primo hermano, que pretendía vigilarlo de cerca y controlarle cada paso.

–Eso sí, tenemos que salir muy temprano –dije con intención de disuadirlo–. Sobre las cinco de la mañana.

–¿A las cinco? –preguntó perplejo Lólek.

–¡A las cinco! –exclamó incrédulo Bólek.

–A las cinco –reiteré, y me dirigí hacia la puerta.

«Total –pensé–, que se arreglen entre ellos.»

Por la tarde seguí llamando a Kocha. Nadie respondió. «Quizá haya muerto», pensé. Y luego reparé en que, de hecho, esperaba que fuera verdad.

Por la noche, Lólek y yo estábamos sentados en la cocina de casa.

–Oye –intervino de pronto–, ¿no sería mejor que nos quedáramos en casa? ¿Por qué no intentas llamar otra vez?

–Liosha –insistí–, sólo vamos a ir un día. El domingo estaremos de vuelta. No te preocupes.

–Tú tampoco –repuso.

–Está bien –concluí.

Pero ¿qué hay de bueno en todo esto? Yo tenía treinta y tres años. Llevaba mucho tiempo viviendo por mi cuenta, bastante feliz. A mis padres los veía poco. Mantenía una buena relación con mi hermano. Tenía un título universitario que no servía para nada. Tenía un trabajo dudoso. Disponía de dinero suficiente para cubrir mis necesidades. Era demasiado tarde para acostumbrarse a cualquier otra cosa. Todo cuadraba. Lo que no me cuadraba, lo dejaba al margen. Hacía una semana que mi hermano había desaparecido. Desapareció sin avisarme. Creo que he triunfado en mi vida.

El aparcamiento estaba vacío, lo que hizo que pareciéramos algo sospechosos. Boria se retrasaba. Insistí a Lólek que nos fuéramos sin él, pero este se resistía. Hizo tiempo yendo a la máquina de café que se hallaba en el centro comercial, donde entabló conversación con el personal de seguridad, dos guardias que vivían allí mismo, bajo los grandes neones del supermercado. La luz del amanecer otorgaba un tono amarillento a los escaparates. El supermercado parecía un trasatlántico varado. De vez en cuando, jaurías de perros callejeros cruzaban el aparcamiento husmeando, desconfiados, el asfalto húmedo y alzaban sus morros hacia el sol de la mañana. Lólek, desparrado en el asiento del conductor, fumaba un cigarrillo tras otro mientras manoseaba el móvil intentando contactar con su primo hermano. Desde hacía un tiempo, se llamaban a menudo, pero sus conversaciones apresuradas acababan en eternas disputas. Como si no se fiaran el uno del otro. Lólek fue a buscar otro café, que se le derramó, ensuciándole el traje cuando regresaba. Después de limpiar los manchurroneos con unas toallitas húmedas, maldijo a su primo por su impuntua-

lidad. A Lólek nunca se le veía cómodo: en verano, sudaba a chorros; en invierno, se congelaba; no terminaba de encontrar la postura correcta cuando se sentaba al volante; vestido con traje, se sentía inseguro. Su primo hermano lo agobiaba: lo presionaba para que se asociara con él en un negocio dudoso. Yo le sugería que no invirtiera, pero Lólek hacía oídos sordos a mis consejos. La posibilidad de ganar dinero fácil lo ofuscaba. Así que no me quedaba otra que preservarme, con actitud condescendiente, de sus tejemanejes financieros, mientras me felicitaba por no haberme dejado engatusar por los primos hermanos que me querían de socio en sus negocios turbios. Mientras esperábamos a Bólek, yo también había ido a por un café. Charlé un rato con los guardias del centro comercial y obsequié a los perros con unas patatas chips. Ya era hora de irse, pero Lólek no se veía capaz de marcharse sin su primo hermano.

Apareció corriendo por detrás de una esquina, mientras miraba a su alrededor, desorientado, y ahuyentaba a los perros. Lólek tocó la bocina, Boria nos vio y echó a correr hacia el coche. Los perros lo siguieron, con el rabo desmochado entre las patas. Abrió la puerta de atrás y, de un salto, se subió al coche. Como era su costumbre, iba con traje y camisa, una camisa de color verde, bastante arrugada.

–Boria –le espetó Lólek–, ¡maldita sea!

–Joder, Liosha –repuso Bólek–, déjame en paz.

Después de saludarme, Bólek sacó varios CD de un bolsillo de su americana.

–¿Qué es esto? –pregunté.

–He grabado algo de música –explicó Bólek–. Para escucharla durante el viaje.

–Si yo tengo mi propio reproductor de CD –repuse.

–No pasa nada, los escucharé con Liosha.

Liosha reaccionó haciendo una mueca.

–Lólek, dime una cosa –dije soltando una carcajada–, ¿es tu primo quien decide qué música debes escuchar?

–Ese, no decide nada –dijo Lólek, ofendido.

–Al menos dinos qué música tienes –me interesé.

–Charlie Parker.

–¿Y nada más?

–Pues, no. Diez CD de Parker. No encontré nada más interesante –aclaró Bólek.

–Gilipollas –se limitó a decir Lólek.

Y nos pusimos en marcha.

Con la música a tope, el Volkswagen vibraba como una lata de conservas que alguien golpeará con un palo. Boria, acomodado en el asiento de atrás, se aflojó el nudo de la corbata y, con la mirada tensa, se puso a contemplar los barrios dormitorio que íbamos atravesando. Después de pasar por delante de una fábrica de tractores y de un mercadillo, por fin, dejamos atrás, la circunvalación. Una vez ya en las afueras de la ciudad, tomamos dirección sudeste. En un puesto de control había un grupo de policías de tráfico. Uno de ellos nos dirigió una mirada perezosa y como no vio nada que le llamara la atención, se desentendió y se puso a hablar con el resto de compañeros. Intenté imaginarme cómo nos habría visto: unos tíos que viajan en un Volkswagen negro de segunda mano que les han vendido unos socios; visten trajes de mercadillo; sus zapatos son de la colección del año pasado; llevan unos relojes comprados en rebajas; los mecheros se los regalaron unos compañeros de trabajo con motivo de una fiesta; las gafas de sol son de supermercado. En general, productos baratos todos ellos, aunque fiables, ni demasiado gastados ni demasiado llamativos: nada superfluo ni especial. Vamos, no hay razón para detener a esos tipos. Ni siquiera nos merecíamos una multa.

Las colinas verdes se extendían a ambos lados de la carretera; el mes de mayo era cálido y ventoso; los pájaros volaban en bandadas ruidosas a través de los campos y a merced de las corrientes. Blancos bloques de viviendas relucían en el horizonte; un sol rojo, parecido a una pelota de baloncesto incandescente, llameaba sobre ellos.

–Tenemos que repostar –comentó Lólek.

–Pronto llegaremos a una gasolinera –dije.

–Necesito beber algo –dijo Bólek.

–Toma un poco de anticongelante –le propuso su primo.

Una vez en la gasolinera, Boria y yo fuimos a la tienda para tomar un café. Mientras Lólek repostaba, nos quedamos fuera, donde había unas mesas de plástico. Un maizal se extendía al otro lado de la valla metálica. El verdor de mayo, pringoso y omnipresente, quemaba las retinas. En el aparcamiento, varios camiones estaban estacionados, cuyos conductores, probablemente, estarían durmiendo a pierna suelta dentro de la cabina. Boria se acercó hasta la mesa más próxima, limpió la silla de plástico con una servilleta y se sentó con aprensión. Yo también me senté. Al poco tiempo vino Lólek.

–Hecho –dijo–. Ya podemos irnos. ¿Cuánto nos queda todavía?

–Unos doscientos kilómetros –respondí–. En un par de horas habremos llegado.

–¿Qué estás escuchando? –preguntó Lólek señalando el reproductor de CD portátil que tenía sobre la mesa.

–Un poco de todo –dije–. ¿Por qué no te compras uno?

–Porque tengo uno en mi coche.

–Por eso escuchas lo que te graba tu primo.

–Le grabo buena música –intervino Bólek, a la defensiva.

–Yo escucho la radio –dijo Liosha.

–Si yo fuera tú no escucharía el gusto musical de la radio –le dije a Lólek–. Uno debe escuchar la música que le gusta.

–Lo que tú digas, Herman –protestó Bólek–. Hay que fiarse de los demás. ¿Verdad, Liosha?

–¡Ajá! –exclamó Lólek, sin demasiada convicción.

–De acuerdo –dije–. Me trae sin cuidado. Escuchad lo que os dé la gana.

–Herman, eres demasiado desconfiado –apuntó Bólek–. No te fías ni de tus socios. Eso no está bien. Aun así, siempre puedes contar con nosotros. Y, por cierto, ¿adónde vamos?

–A casa. Confía en mí.

«Es mejor llegar cuanto antes –pensé–. Porque quién sabe cuánto tiempo estaremos allí atrapados.»

Boria me pasó algunos CD de Parker. Los escuché uno tras otro, sin rechistar. Con su saxo alto, Parker hacía pedazos el aire: el sonido estallaba como un arma química que aniquilase un campamento enemigo. Era como si estuviera apagando una llama dorada de ira divina mientras sus dedos de piel negra hurgan en las llagas inflamadas del aire, extrayendo monedas de cobre y frutos secos. A medida que terminaba de escuchar los discos, iba metiéndolos dentro de mi andrajosa mochila de cuero. Una hora más tarde, pasamos por el primer pueblo con el que nos encontramos. Después de cruzar el centro y luego un puente, nos topamos con un accidente de tráfico: un camión estaba atravesado en medio del puente y bloqueaba por completo la circulación en ambas direcciones. Los vehículos, una vez que entraban en el puente, se quedaban atrapados en una trampa que se les había tendido hábilmente: no se podía avanzar ni tampoco retroceder. Los coches tocaban sus bocinas; los conductores que se hallaban más próximos al lugar del accidente salían de sus vehículos para averiguar qué había pasado. El camión accidentado era un viejo transporte avícola. Estaba recubierto de plumas que se habían quedado pegadas a su carrocera, iba cargado hasta los topes de jaulas de gallinas. Había cientos de ellas. En su interior, se agitaban, batiendo las alas y moviendo los picos, grandes aves obesas. Al parecer, el camión habría chocado contra la barandilla metálica que se-

paraba la calzada de la parte peatonal del puente. El vehículo habría volcado, obstaculizando el paso. A raíz del choque, las jaulas superiores, se habían desparramado sobre el asfalto, y las gallinas, sueltas, iban y venían, desconcertadas, por la calzada, saltaban sobre los capós de los coches, se posaban sobre el quitamiedos del puente y se ponían a empollar bajo las ruedas de los camiones. Tras el accidente, el conductor se había dado a la fuga y, además, se había llevado las llaves del camión. Dos policías daban vueltas alrededor del vehículo siniestrado sin saber qué hacer. Se ensañaron con las gallinas mientras intentaban dispersarlas. Luego interrogaron a los testigos con el fin de obtener alguna información sobre el conductor fugado. Los testigos se contradecían: mientras uno afirmaba que lo había visto saltar al agua, otro decía que lo había visto subir a un camión que pasaba por ahí. Hubo quien aseguró incluso, susurrando, que, antes de que se produjera el accidente, no había nadie al volante del vehículo. Los policías, completamente desconcertados, trataban de comunicarse por radio con la jefatura superior de tráfico.

–Bueno, aquí tenemos para rato –dijo Liosha después de haber hablado con los policías–. Están intentando conseguir una grúa. Pero como hoy es festivo, no van a conseguir una mierda.

Detrás de nosotros ya se había formado una caravana, y el número de vehículos no cesaba de aumentar.

–¿Quizá podríamos dar un rodeo? –propuse.

–¿Y cómo lo haremos? –preguntó Liosha de malhumor–. Ahora ya no podemos salir de aquí. Deberíamos de habernos quedado en casa.

De pronto, cayó a plomo una gallina bien cebada sobre el capó de nuestro coche. Después de dar unos pasos, se quedó quieta.

–Eso significa que la muerte es inminente –comentó Bólek a propósito del ave–. Me pregunto si por aquí cerca habrá alguna tienda que tenga neveras.

–¿Quieres comprarte una? –le preguntó su primo.

–No, lo que quiero es agua fría –aclaró Bólek.

Liosha tocó la bocina. La gallina, sobresaltada, aleteó las alas y voló por encima de la barandilla, desapareciendo rumbo a ninguna parte. Tal vez fuera aquella la única manera de enseñarles a volar.

–De acuerdo –dije–, vosotros regresad y yo me voy.

–Pero ¿adónde te vas? –preguntó Lólek, que no entendía nada–. Quédate aquí. Ahora vendrá la grúa y se llevará ese trasto; luego, daremos media vuelta y regresaremos a casa.

–Volved solos. Yo iré caminando y ya encontraré a alguien que me lleve.

–Espera –se inquietó Lólek–. No vas a encontrar a nadie.

–Lo conseguiré –dije–. Y mañana volveré. Tened cuidado en la carretera.

Los policías estaban muy nerviosos. Uno de ellos cogió una gallina y, agarrándola de una pata, le propinó un buen puntapié. El ave se elevó como un balón de fútbol, pasando por encima de varios coches, para acabar desapareciendo bajo las ruedas de uno de ellos. Su compañero, en un ataque de ira, también agarró una gallina, la lanzó al aire, dejándola caer y, con el pie derecho, la golpeó enviándola zumbando hacia el cielo de mayo. Después de saltar la barandilla, rodeé el camión accidentado, me abrí paso entre los conductores y crucé el puente para emprender la carretera de la mañana.

Luego me detuve un buen rato bajo el cielo cálido, cerca de la carretera desierta, que parecía el metro a medianoche. El ambiente era igual de desolador, y la espera, igual de interminable. Pasado el cruce, en la salida del pueblo, había una parada de bus que había sido objeto de vandalismo: las paredes estaban pintarrajeadas de negro y rojo; el suelo de tierra sembrado de cristales; en la parte baja del muro, brotaban unos hierbajos oscuros que servían de escondite a lagartijas y arañas. Decidí

no refugiarme bajo aquella estructura ruinosa, opté por colarme en la sombra que proyectaba una de las paredes, y esperé. Tuve que esperar mucho. De vez en cuando veía pasar camiones, que se dirigían en dirección al norte dejando nubes de polvo y una sensación de desaliento tras su paso. En dirección contraria, en cambio, no pasaba nadie. La sombra fue desapareciendo poco a poco bajo mis pies. Estaba ya a punto de rendirme, mientras calculaba cuánto tiempo me tomaría el viaje de vuelta y especulaba sobre el paradero de mis amigos Lólek y Bólek, cuando un autobús Ikarus color sangre, pitando con desespero y escupiendo gases, apareció a toda velocidad de entre las rocas y prados a lo largo de la orilla del río. Se balanceó un poco, rodando sobre dos ruedas momentáneamente, luego se puso a cuatro patas como un perro sacudiéndose después del baño, recuperó con dificultad la respiración, redujo la marcha y llegó arrastrándose hacia mí. Fue tan repentina su aparición que me cogió por sorpresa, me quedé paralizado contemplando aquel armatoste salpicado de polvo, sangre y fuel. El autobús se deslizó despacio hasta la parada, donde se detuvo haciendo rechinar todas sus piezas. Las puertas se abrieron. Desde el interior, emanó un tufo a muerte y nicotina. El conductor, con el torso desnudo y la piel bañada en sudor debido al bochorno, se enjugó la frente antes de gritarme:

–Y bien, hijito, ¿subes?

–Sí –respondí, y así lo hice.

No había asientos libres. Todos estaban ocupados por gente somnolienta e inerte. Allí había mujeres en sujetador y chándal, con maquillaje llamativo y largas uñas postizas; hombres con mariconeras y tatuajes, también en pantalones de chándal y zapatillas deportivas de fabricación china; críos con gorras de beisbol y prendas de deporte, armados con bates y puños de metal. Todos dormían o lo intentaban, de modo que ninguno me hizo caso. Y para colmo, una música india que sonaba a todo volumen como una bandada de colibrís revoloteando dentro del autobús, empeñada en escapar de aquella dulce cá-

mara de la muerte. Sin embargo, esa música no parecía inco-
diar a nadie. Después de recorrer en vano el pasillo en busca de
un asiento libre volví junto al conductor. El parabrisas estaba
profusamente adornado con iconos ortodoxos y todo tipo de
amuletos, que parecían evitar que aquel armatoste se viniera
abajo definitivamente. Osos de peluche y esqueletos de arcilla
con costillas rotas; collares con cabezas de gallo y banderines
del Manchester United; fotos pornográficas; retratos de Stalin
e imágenes fotocopiadas de San Francisco pegadas al cristal
con cinta adhesiva. También había mapas de carreteras; varios
ejemplares de la revista pornográfica *Hustler*, que el conduc-
tor utilizaba para matar moscas; linternas; navajas con restos
de sangre; manzanas infestadas de gusanos y pequeños iconos de
madera con efigies de santos mártires. El conductor, entretan-
to, resollaba mientras agarraba el volante con una mano y sos-
tenía una botella grande de agua con la otra.

—¿Qué pasa, hijito? —preguntó—. ¿Está todo ocupado?

—Sí.

—Ponte aquí, a mi lado, si no yo también me dormiré. Esos
no tienen de qué preocuparse, pero yo soy el responsable.

—¿Responsable de qué?

—De la mercancía, hijito, de qué va a ser —dijo en tono con-
fidencial.

Y a continuación me contó su triste historia. Los pasajeros
eran pequeños comerciantes procedentes de la región del Don-
bás, familias enteras. Dos días antes, habían ido a Járkiv para
abastecerse de género: trajes de deporte, zapatillas chinas y
porquerías por el estilo. Después iniciaron el camino de vuelta
a casa. Pero antes de que recorriera los primeros metros, el
autocar se averió —el chasis, hijito, la suspensión está jodida,
qué quieres: el coche pasó la última revisión antes de los Jue-
gos Olímpicos de Moscú, ¡hay que ver!—. Así que pasamos la
noche a un lado de la carretera. Mientras el conductor se desli-
zaba como una culebra entre las ruedas, los pequeños comer-
ciantes montaron guardia, hicieron fuego hasta el amanecer y

cantaron acompañándose de una guitarra; incluso consiguieron divertirse. Por la mañana, el conductor fue hasta el pueblo más cercano y trajo a unos granjeros con un tractor. Los granjeros remolcaron el autocar hasta los talleres de la estación de tren más próxima. Allí pasaron el día y otra noche. Los comerciantes se resistían a dormir mientras custodiaban la mercancía y cantaban al son de la guitarra, sólo un momento fueron hasta la estación para comprar alcohol y cuerdas nuevas. Finalmente, el conductor logró reparar la avería, dispuso a los comerciantes lo mejor que pudo en el vehículo y retomó aquel aciago viaje en dirección a su amada ciudad minera en la región del Donbás. Cuando vio el accidente cerca del puente, no perdió la calma, dio media vuelta con la intención de llegar al otro lado del río por carreteras secundarias. Ya nada podía detenerle, al menos eso decía.

El autocar resollaba intentando superar una suave subida. Delante, un amplio valle soleado, lleno de maizales verde claro y barrancos dorados, se extendía ante nosotros. El conductor hizo avanzar el vehículo con decisión. Luego, apagó el motor y se relajó. El vehículo comenzó a deslizarse cuesta abajo igual que una avalancha de nieve provocada por un grupo de turistas japoneses gritando en la cima de una montaña. El viento silbaba rozando los laterales calientes del vehículo; los insectos chocaban contra el parabrisas como gotas de lluvia de mayo. Avanzábamos cuesta abajo ganando cada vez más velocidad entre las voces flotantes de unos cantantes indios que nos auguraban una vida larga y feliz y una muerte indolora. Una vez que llegamos al fondo del valle, el autocar remontó la pendiente por la fuerza de la inercia, momento en que el conductor trató de volver a arrancar el motor. El Ikarus sufrió una sacudida violenta: los hierros crujieron al rozarse y el vehículo se detuvo en seco. El conductor se quedó callado, presa del desconcierto. Me sentí demasiado incómodo para hablar. Exhausto, dejó caer la cabeza sobre el volante. De vez en cuando se le caían los hombros. Pensé que estaba llorando, lo que me pareció conmovedor. Sin embargo,

al aguzar el oído, caí en la cuenta de que se había dormido. El resto de los pasajeros del autobús fantasma también dormían. Allí no había nadie que se preocupara siquiera de custodiar la mercancía. Volví a recorrer el pasillo y luego miré por la ventana. El viento acariciaba las mazorcas jóvenes, el silencio era absoluto, el sol penetraba en el valle como una mancha de grasa que impregna una tela. De pronto, alguien me tocó la mano. Miré a mi alrededor. En la parte trasera del autobús había unas cortinas de color marrón oscuro que no se habían lavado desde hacía tiempo. Me había parecido que no había nada detrás de aquellas cortinas, salvo una pared, una ventana o algo parecido. Pero no, para mi sorpresa una mano me agarró y me arrastró fácilmente al interior. Después de avanzar unos pasos, me encontré en un habitáculo de reducidas dimensiones. Tenía el aspecto de un *chill-out*: un lugar para meditar y hacer el amor, una especie de celda poblada de espíritus y sombras. Las paredes del cuarto estaban tapizadas con alfombras chinas, de extraños ornamentos y dibujos que representaban escenas de caza del ciervo, de ceremonia del té y de la aclamación del camarada Mao por las juventudes comunistas de Pekín. Arrimados a la pared había dos pequeños sofás, en los que estaban sentados tres hombres y una mujer, todos de origen africano. Estaban en ropa interior, la de los hombres era blanca y la de la mujer, gris, de modelo deportivo. Unos cráneos colgaban de pesados collares enrollados alrededor de su cuello; en lugar de una peineta, una navaja le sujetaba el moño. Sostenía un termo con las rodillas. Su piel se confundía con la oscuridad; todo lo que podía ver era el brillo codicioso de sus ojos amarillentos, iluminando la habitación como un ámbar. Me agarró la mano, me miró fijamente a los ojos y sin soltarla me preguntó:

—¿Quién eres?

—¿Y quién eres tú? —le respondí, notando el calor de su mano y el peso de sus anillos de plata.

—Soy Carolina —dijo, retirando la mano con brusquedad. Uno de los africanos me miró de soslayo y le susurró algo al

oído al hombre que estaba a su lado. Este soltó una risita—. ¿Adónde vas? —volvió a preguntar Carolina mientras me observaba desde la penumbra.

—A casa —respondí.

—¿Y quién te espera? —dijo, quitándose la navaja de su moño y dejando que su melena se soltara y le cubriera los ojos.

—Nadie.

Carolina soltó una carcajada.

—¿Para qué ir allí donde nadie te espera? —preguntó mientras tomaba una granada de no se sabe dónde y la cortaba en dos.

—¿Qué importa eso? —dije sin terminar de entender qué había querido decir con aquello—. Hace mucho tiempo que no voy por allí.

—Toma —dijo, tendiéndome la mitad de la granada—. ¿Qué vas a hacer allí donde nadie te espera?

—Voy por poco tiempo. Mañana volveré.

—¿Tanto temes ir allí? —Carolina volvió a reír antes de hincar los dientes en la granada.

—¿Por qué lo dices?

—Todavía no has llegado y ya piensas en volver. Tienes miedo.

—Tengo cosas que hacer —expliqué—. No puedo quedarme mucho tiempo.

—Puedes si quieres —dijo.

—No —reiteré molesto—. No puedo.

—Creo que tienes tanta prisa por volver porque no recuerdas qué te ocurrió allí. Cuando lo recuerdes, no te resultará tan fácil marcharte. Toma.

Me tendió una taza llena de un líquido que había vertido del termo. Olía a canela y valeriana. Su sabor era áspero y picante. Me lo bebí todo. Me desmayé en el acto.

Campos de trigo rodeaban el aeródromo. En los márgenes de la pista de aterrizaje crecían flores de aspecto brillante y venenoso, las avispas revoloteaban a su alrededor, como si lo hicie-

ran sobre cadáveres. Desde bien temprano, el sol calentaba el asfalto y secaba la hierba, que se asomaba entre las planchas de hormigón. A un lado, sobre la torre de control, las banderas ondeaban al viento. Más allá, detrás del edificio de oficinas, los árboles se diseminaban en hileras, con el follaje entretejido de telarañas e iluminado por la intensa luz matinal. En los trigales, al abrigo de las espigas, extrañas ráfagas de viento, como animales salvajes, emergían todas las noches desde la oscuridad atraídas por la luz verde de la torre de control, para volver a esconderse al amanecer en la espesura, huyendo del sol abrasador de junio. Cuando el asfalto se calentaba, la luz reverberaba en él, cegando la visión de las aves que sobrevolaban la pista. Junto a la alambrada, había estacionados varios camiones cisterna y un par de grúas. Los hangares aparecían vacíos: desde su interior oscuro, llegaba un olor dulzón a agua estancada y fuel. A media mañana llegaban los mecánicos. Después de enfundarse sus monos de trabajo, negros y raídos, se ponían a hurgar en las máquinas. El cielo de comienzos de junio se cernía sobre el aeródromo, aleteando al viento como sábanas recién lavadas; se elevaba, sonoro, para descender luego hasta tocar el asfalto. Siempre a la misma hora, sobre las ocho, el runrún esforzado de un motor se oía en las alturas mientras se aproximaba poco a poco, salido desde las profundidades de la atmósfera. Aunque el sol impedía todavía avistar el avión, podía verse su sombra correr por los trigales, espantando pájaros y zorros. Poco tiempo después, rajando el cielo como si fuera porcelana. Un viejo Antónov AN-2, orgullo de la aviación soviética, un modelo de combate, si bien este era con certeza un fumigador, comenzó a descender. Con su motor ensordecedor, viraba alrededor del pueblo, que aún dormía, para despertarlo de su sueño de verano. Los pilotos contemplaban los campos de cultivo cubiertos de la miel del sol, el verdor que cubría los terraplenes, la hierba fresca brotando en las traviesas del ferrocarril y terraplenes, la arena dorada del río y las orillas calcáreas del color de la plata. Atrás quedaron

la ciudad y sus fábricas, el avión se disponía a aterrizar. La luz entraba a raudales en la cabina y brillaba fríamente sobre el metal. El aparato cruzó la pista con sus rígidas ruedas rebotaban contra el asfalto agrietado. En cuanto el avión se detuvo, los pilotos saltaron a tierra y se dispusieron a ayudar al personal de descarga a desembarcar grandes sacas de lona con ejemplares de prensa regional y nacional, cartas y paquetes. Después de acabar la faena, se dirigieron al edificio de oficinas, dejando que el avión se calentara al sol.

Mis amigos y yo vivíamos al otro lado de los trigales, en los bloques de las afueras, contruidos en hormigón de color blanco, rodeados de pinos altos. Al anochecer salíamos de nuestra barriada para caminar entre los trigales, procurando que nadie nos viera desde la carretera. Avanzábamos en carreras cortas a lo largo de la alambrada y luego nos agazapábamos entre la hierba polvorienta para contemplar los aviones. El AN-2, con su fuselaje metálico y las alas cubiertas con una funda de lona, nos parecía una máquina extraterrestre que pilotaran unos demonios que habían venido para abrasar los cielos con gasolina y plomo. Los mensajeros de los dioses viajaban en su interior. La potente hélice rompía el hielo azul y arrojaba pelusas de álamo al otro mundo. Ya había oscurecido cuando emprendíamos el camino de vuelta. Nos abríamos paso entre las espigas compactas y calientes, y pensábamos en la aviación. En aquella época, todos deseábamos ser pilotos. La mayor parte acabaríamos siendo unos fracasados.

De vez en cuando sueño con aviones, siempre deben realizar un aterrizaje forzoso sobre los campos. Los aviones cortan al anochecer el trigo espeso como cuchillas; la tapicería cede con un fuerte sonido al rasgarse en el aire vespertino de junio; los tallos de las espigas se enredan en las ruedas, antes de que los aparatos se queden empantanados en la tierra negra y seca. Los pilotos salen de sus cabinas recalentadas y saltan sobre el trigo, que enseguida les cubre las piernas, se incorporan y tratan de divisar algo en el horizonte. Pero no ven nada, salvo

los campos, que se extienden infinitos. Para los pilotos, lograr salir de allí es una meta inalcanzable. Dejan entonces sus aviones, que se van enfriando poco a poco en la noche, y se dirigen al oeste, persiguiendo al sol que se escurre con rapidez. El trigal es alto e intransitable: los pilotos avanzan con dificultad, intentan abrirse paso a través de una barrera invisible, que se alza delante de ellos, sin ninguna posibilidad de llegar a alguna parte. Llevan gorros de piel, gafas y manoplas pesadas; caminan arrastrando tras de sí, cual largas colas de cocodrilo, las campanas de los paracaídas que, por alguna razón, evitan desenganchar.

Me despertó el zumbido del motor. A mi lado, sobre los sofás, dormían los tres hombres africanos. Carolina no estaba. Miré a través de las cortinillas: el sol del atardecer lanzaba destellos rojos contra los cristales de la fila de la derecha del autocar. ¿Qué hora debía ser? Me acerqué a uno de los pasajeros que estaba dormido y le cogí la mano y miré su reloj. Eran las nueve y media. «Demonios –pensé–, ¿será que me he dormido?» Me acerqué al conductor, que me saludó como si fuera un viejo amigo, sin apartar la mirada de la carretera. Miré por la ventana, faltaba poco para llegar a un desvío. Estaba a un par de kilómetros de mi destino. No obstante, cuando el autocar llegó al desvío, el conductor aminoró la marcha.

–Oye, tío –le dije–, ¿te importa llevarme hasta la gasolinera? Son un par de kilómetros.

–¿Te refieres a la gasolinera que está encima de una colina?

–Sí.

–¿Al lado de la torre?

–Eso es.

–No puedo –me dijo–. Tengo que desviarme aquí mismo.

–Oye –intenté engatusarlo–. ¿No me dijiste que tenías problemas con la suspensión? Pues en la gasolinera mi hermano tiene un taller mecánico, podría echarle un vistazo.

–Hijito –repuso con firmeza, convencido–, por allí se llega a la ciudad. Y nosotros no podemos arriesgarnos a ir a la ciudad: vamos cargados de mercancía.

Bajé del autocar. El sol se había puesto y hacía fresco. Me puse la cazadora y eché a andar por la carretera. Llegué a la gasolinera en unos veinte minutos. Las ventanas del taller mecánico estaban oscuras. No había ni una sola luz. «¿Dónde estará Kocha?», pensé. Parecía un lugar abandonado. La puerta del taller estaba cerrada con un candado. Esperé unos minutos. Luego fui a la parte posterior donde, rodeada de maleza, estaba la caseta, donde vivía Kocha; algo más allá vi unos coches viejos y abandonados. La caseta también estaba cerrada. Me acerqué a oscuras hasta la cabina de un camión Kamaz, que había quedado abandonada allí. Subí y me quité las deportivas. La luna flotaba en el cielo, el asfalto perdía el calor que había absorbido durante el día. Delante de mí, en el fondo del valle, estaba mi ciudad natal. Me puse la mochila bajo la cabeza y me quedé dormido.